

## CAPITULO XXXII

### EL SACRIFICIO

Por viva que sea la curiosidad que nos incite á seguir los pasos de Montero que, como hemos visto, salió resuelto á satisfacer el capricho de Serafín, es preciso que lo abandonemos en su empeño, porque hay un nuevo suceso que reclama preferentemente nuestra atención, que quieras que no quieras, interesada al fin y al cabo en el curso de la presente historia.

No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague, ha dicho la sabia antigüedad; mas la sabiduría moderna, sobre todo la sabiduría económico-política, se ha propuesto demostrar con gran éxito que la segunda parte del refrán no se hizo para nuestros tiempos. Los plazos se cumplen, cierto, pero las deudas no se pagan; sobre todo la *deuda*, la gran deuda, la deuda nacional..., esa tenemos casi evidencia de que no se pagará nunca. Mas ello es que los plazos se cumplen, y que, por lo tanto, le tocó su turno al plazo señalado á los peritos para la confrontación y examen de las cartas de Ripoll.

Los periódicos, que se matan por dar noticias, en razón á que las noticias son la primera materia de esa industria, esparcieron aquella mañana la especie de que los peritos habían evacuado ya su dictamen acerca de la autenticidad de las famosas cartas de Ripoll, que habían estado unánimes en la redacción del dictamen, y que éste no era favorable á los documentos presentados por Góngora.

Perdóneme la gran *institución* de la prensa periódica en este hecho averiguado: sus órganos no son, ni mucho menos, testimonios de certidumbre; los pobres mienten tanto como cualquiera hijo de vecino, ó, lo que es igual, *mienten más que la Gaceta*. No obstante, esa circunstancia no quita que algunas veces digan la verdad. En la ocasión presente, justo es advertirlo, daban una noticia cierta en todas sus partes. Los peritos encargados de examinar las cartas de Ripoll habían tenido que reconocer al fin la diferencia que existía entre la letra de los documentos acusadores presentados por Góngora y las cartas facilitadas por una y otra parte para la comprobación. En efecto, la letra de Ripoll estaba perfectamente imitada; mas examinándola atentamente ojos experimentados, descubrían la falta de ciertos rasgos característicos, y observaban en otros vacilación, timidez, falta de seguridad. No había en ellos esa franqueza con que cada uno traza su propia letra.

A primera vista no cabía duda, la letra era de Ripoll. Ripoll mismo, que no había dejado en el mundo fama alguna de calígrafo, la hubiera tenido por suya; más á la luz de un examen atento, minucioso é inteligente, era claro que la letra de Ripoll estaba falsificada.

El dictamen de los peritos se reducía á hacer constar esas diferencias, dejando á quien correspondiese el encargo de apreciarlas.

El primero que tuvo noticia del caso fué el abogado de Valle-alegre. Su *pasante* predilecto la había visto en los periódicos, y no dando crédito á la especie quiso enterarse por sí mismo, y adquirió bien pronto completo convencimiento de que era cierta la noticia.

El abogado al saberlo se llevó las manos á la cabeza, exclamando:

— ¡Es posible!

— Es indudable — le contestó el pasante.

— Bueno — replicó. — Es indudable que los peritos han prestado esa declaración jurada: perfectamente. Valle-alegre los habrá sobornado, y ellos han salido del paso señalando diferencias que no existen. ¿Y qué adelantamos con eso? Nada. La parte contraria apelará á un nuevo examen, y acabará por demostrarnos que las cartas son auténticas.

— No lo creo — dijo el pasante. — La falsedad de las cartas está demostrada por las cartas mismas. El falsificador de esos documentos ha dejado en ellos señales evidentes de la falsificación. Será más fácil demostrar que ahora es de día, que hacer creer que las famosas cartas de Ripoll no están falsificadas.

Ante tales afirmaciones, la incredulidad del abogado se dió por vencida, y pasándose la mano por la frente, ni más ni menos que si quisiera ahuyentar las sombras que oscurecían su entendimiento, exclamaba:

— ¡Ah..., bribón..., bribón!..

Y después añadía:

— ¿Mas cómo ha podido ser eso? Es de todo punto increíble que Góngora haya presentado documentos falsos, y sobre todo, documentos tan mal falsificados. Tengo la convicción moral de que las cartas de Ripoll existen. Y bien: ¿cuándo han sido falsificadas? ¿Dónde? ¿Cómo? Mucho puede el dinero. ¿Se habrá dejado sobornar el juez, el escribano, la justicia misma? ¡Ah! Este Valle-alegre es capaz de hacerle á uno dudar hasta de la posibilidad de toda honradez. Y el golpe es tremendo y decisivo. Góngora está perdido.

El pasante oía discurrir así á su maestro sin asombro y sin sorpresa. No veía en ello más que un accidente favorable en un negocio muy importante. Veía ganado el pleito perdido; sus ojos no veían ni más ni menos. Por eso el acreditado jurisconsulto aseguraba con frecuencia que aquel chico era un joven de mérito.

— Bien — siguió diciendo. — Yo me lavo las manos.

Lo mismo, absolutamente lo mismo, hizo Poncio Pílatos, gran maestro de la gran escuela conservadora.

Un coche se detuvo en la puerta de la casa, del cual se apeó el cliente, que venía á ver al abogado.

— ¡Sr. de Valle-alegre! — exclamó al verlo el jurisconsulto. — ¡Tanto bueno por esta casa!

El joven pasante se inclinó profundamente, apresurándose á acercar una butaca al rey de la Bolsa.

— Sí — dijo Valle-alegre. — Pasaba por aquí, y me he detenido á saber cómo va nuestro negocio.

— Va viento en popa — contestó el pasante con risueña fisonomía.

— ¿Pues? — preguntó el banquero.

— ¡Pues! — repitió el abogado. — Las terribles cartas son supuestas.

— No me sorprende — añadió Valle-alegre. — Lo sospechaba.

— ¿Lo sospechaba usted? — preguntó el abogado. — Vamos. Confesemos que es una suspicacia inverosímil.

Al decir esto, guiñó un ojo confidencialmente; pero el banquero no se dió por entendido, y con aspecto candoroso contestó diciendo:

— Sí, lo sospechaba. Usted creará que lo sabía. Viene á ser lo mismo; porque lo que se sospecha, casi se sabe. A usted le parece suspicacia inverosímil lo que en rigor no es más que un poco de conocimiento del mundo. Hablemos con franqueza; usted presume en este momento que la falsificación de las cartas de Ripoll es obra mía. No me ofendo por ello, mas discurra usted un instante: Góngora nos propuso una transacción, de lo cual usted y yo inferimos que carecía de datos auténticos, y veía mal su negocio. De repente entabla el litigio, y aparecen las cartas de Ripoll como llovidas del cielo. ¿No es esto sospechoso?

El pasante hizo un gesto de asentimiento, mientras el letrado fruncía la boca, dando á entender que sus dudas no se disipaban fácilmente.

— Bien — siguió diciendo el banquero; — convengo con usted en que por sí solo no basta para suponer que Góngora ha hecho fraguar esas cartas..., y aun puede llegarse hasta presumir que su buena fe haya sido sorprendida..., pero tenga usted en cuenta que el amor es capaz de todo.

— ¡El amor!.. — exclamó el abogado.

— Justamente. La huérfana que nos reclama la friolera de veinticinco millones de reales, sin más razón que la de ser hija de su padre, es una hermosa joven, terca, insinuante, imperiosa, y Góngora ha caído en sus redes... Es cosa ya divulgada que está perdidamente enamorado de ella. De otro modo, ¿cómo habla de haberse metido en semejante pleito?.. Así se explica lo bien urdido del contenido de esas cartas... Afortunadamente, el que ha falsificado la letra y la firma de Ripoll no ha sido tan hábil como el que las ha dictado; si no, estábamos perdidos.

— Es posible — dijo el jurisconsulto. — Aquí se nos presenta una causa criminal de mucho lucimiento.

Y mirando fijamente al banquero, añadió:

— Hay que descubrir al falsificador.

— Sin duda — afirmó el joven pasante.

— ¡Qué nos importa el falsificador!.. — replicó Valle-alegre. — Será un infeliz comprado por cuatro cuartos, un instrumento, al cual, sea como quiera, debemos estar agradecidos, porque al fin ha falsificado la letra de Ripoll de un modo bastante favorable para nosotros. Además, el verdadero falsificador ya está descubierto... y hay que atarlo bien para que no se nos escape. Saldrá diciendo que esas cartas se hallaban en la testamentaría del banquero, y he ahí de donde hay que arrojarlo. ¿No es esto?.. — añadió dirigiéndose al pasante.

— Precisamente — le contestó con profundo asentimiento.

Tomó Valle alegre su sombrero de mano del pasante, y se despidió diciendo:

— Mundo..., señor letrado..., mundo.

El pasante lo acompañó hasta la puerta del despacho, y allí el banquero le estrechó la mano con protectora cordialidad, diciéndole al oído:

— Mundo, amigo mío, mundo.

Mientras Valle-alegre entraba en su coche, el pasante, arqueando las cejas, le decía á su maestro:

— Es un hombre extraordinario.

— Sí — contestó el abogado guiñándole á la vez los dos ojos. — ¡Un hombre extraordinario!..

Y acercándose al pasante, añadió en voz baja:

— Un bribón de siete suelas.

El discípulo se encogió de hombros, y dijo á su vez:

— Mundo, señor maestro, mundo.

Por lo que hace á Góngora, había recibido la noticia por conducto de su procurador. Este hombre, siempre en movimiento, había robado algunos minutos á la urgencia de sus negocios, para venir á poner en conocimiento de Luis el dictamen de los peritos.

Góngora no quiso dar crédito á sus propios oídos y se hizo repetir la noticia, que el procurador pronunció de nuevo con acento lúgubre, como si hubiera estado leyendo una sentencia de muerte. A la voz acompañaba la expresión del semblante, y Góngora, más que en las palabras del procurador, vió en el terror de su fisonomía, siempre preocupada, la certidumbre de tan inesperada noticia.

— No lo concibo — exclamó.

— Yo tampoco — dijo el procurador, desplomándose sobre una butaca, como si sus piernas, habitualmente tan ágiles, se negaran entonces á sostenerle.

— ¡Falsas las cartas de Ripoll!.. Esto es inaudito.

— ¡Falsas! — repitió el procurador.

— Beltrán, ¿cómo se explica usted esto?

— ¡Cómo!.. No sé..., no me lo explico.

Reinó por algunos instantes triste silencio, durante el que sólo se oía crujir la pluma del Sr. Buenaventura al correr sobre el papel.

— Es increíble — dijo Luis — que el Americano poseyera esas cartas falsificadas. Indudablemente la falsificación se ha hecho después de haber salido de mis manos.

El procurador contestó resueltamente:

— No lo creo.

— Es verdad — añadió Luis aterrado, — no debe creerse, no puede creerse. Será preciso apelar á un segundo examen.

— Es inútil — replicó el procurador. — La falsificación es evidente, y los segundos peritos declararían lo mismo que los primeros.

— ¿Qué hay aquí entonces? — preguntó Luis con voz trémula y semblante desenchajado.

— Aquí hay — dijo el procurador — una mano traidora.

La pluma del Sr. Buenaventura se detuvo sobre el papel.

— ¿Dónde está esa mano traidora?..

Beltrán se cruzó de brazos, y exhalando un hondo suspiro exclamó:

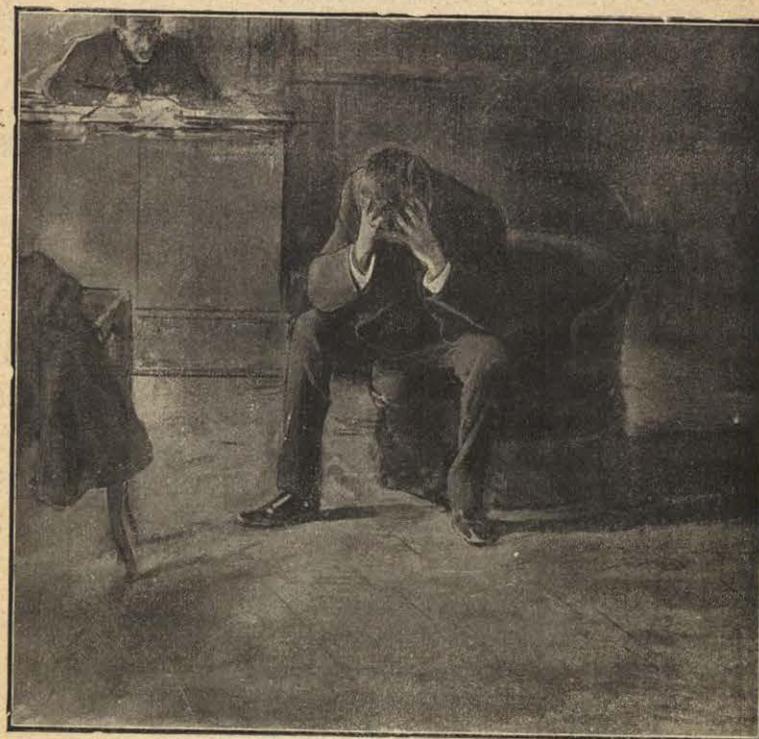
— ¡Ah!.. ¡Ese es el misterio!..

— ¡Misterio!.. ¡Misterio!.. — repitió Luis oprimiéndose las sienes con ambas manos, porque sentía que su cabeza estallaba.

Se creía bajo la presión angustiosa de un sueño horrible, y hacía esfuerzos desesperados por despertarse; tan increíble le parecía la espantosa realidad que lo cercaba. En el tenebroso mar de confusiones en que cada vez más

se sumergía su pensamiento, buscaba como el náufrago una tabla á que asirse.

Las palabras del procurador eran terminantes, y no dejaban lugar á ninguna esperanza. Participaban de esa cruel sinceridad que cierran el paso á todo consuelo inútil.



¡Misterio!.. ¡Misterio!.., repitió Luis oprimiéndose las sienes con ambas manos

En aquel momento Luis no tenía á quién volver los ojos, y dentro de sí mismo no veía más que la negra profundidad del desastre.

Sus miradas indecisas, que revelaban bien claramente la honda agitación de su ánimo, se detuvieron en el señor Buenaventura, que inclinado sobre el papel seguía escribiendo, y dirigiéndose á él le dijo:

— Sr. Martín..., Sr. Martín..., ¡qué chasco tan terrible!

El amanuense soltó la pluma, echó sobre los ojos los cristales de las gafas que tenía suspendidas sobre las cejas, y sólo contestó haciendo un gesto de profunda conmiseración.

Luis le preguntó:

— ¿Qué debemos pensar de esto que nos sucede?..

— Debemos pensar — dijo — que el Americano fué engañado con esas cartas.

— ¡Engañado!.. ¡Cómo!..

— Algún enemigo de Valle-alegre suplantó desde París la letra de Ripoll...

— ¡Imposible!.. — replicó Góngora. — Consta que el Americano contestó á esas cartas, y el mismo Ripoll habría deshecho el engaño.

— Es verdad; pero fijémonos bien: las respuestas del Americano se reducen exclusivamente á acusar el recibo de cartas de Febrero y Marzo del 63. No cabe duda de que la fecha de las cartas que resultan falsificadas, son las mismas á que el Americano se refiere en sus respuestas; pero ¿son esas mismas las cartas cuyo recibo acusa?.. Podían ser otras del mismo Ripoll y de la misma fecha... Es, por lo menos, dudoso.

Al procurador debió sorprenderle el modo de discurrir del Sr. Buenaventura, pues fijó en él la mirada con esa atención que prestamos á todo lo que nos parece extraño. Hasta entonces no había reparado en el amanuense...; pero al verlo tan enterado de los pormenores del asunto, creyó que no era un escribiente cualquiera el que, como vulgarmente se dice, llevaba la pluma á Góngora.

Éste, repitiendo la última palabra del Sr. Martín, dijo:

— Dudoso..., dudoso... Precisamente no son dudas las que buscamos, sino un rayo de luz que las disipe.

— Voy presentando las cosas por su orden. Mi hipótesis es ésta: un enemigo oculto de Valle-alegre ha suplan-

tado la letra y la firma de Ripoll. Argumento en contra de esta hipótesis: el Americano contestó á esas cartas, y el mismo Ripoll habría descubierto la suplantación. Réplica: el suplantador no había de ser tonto que expusiera su venganza á semejante contingencia, y bien fácil le era, valiéndose de unas señas falsas, hacer que las respuestas fueran á parar á sus manos... ¿No?.. Hay otra: ¿quién asegura que en Febrero de 1863 se hallaba aún Ripoll en París?.. Las noticias que tenemos confirman que por aquella fecha fué su desaparición, y no se volvió á saber de él hasta mucho después, que un periódico de Nueva York dió la noticia de su muerte desastrosa en la Virginia. Consecuencia lógica: un enemigo de Valle-alegre, enterado de ciertos pormenores, es el autor de esas cartas falsas sin que Ripoll haya podido desmentirlas. Esto es probable, probabilísimo.

El procurador hizo un ligero movimiento con la cabeza en señal de asentimiento, Góngora nada tuvo que replicar, y el Sr. Buenaventura añadió:

— La discusión es la luz.

Después, dirigiéndose al primero, que lo miraba con ojos escudriñadores, dijo:

— Ya sé yo que mi razonamiento no ha de hacer gran fuerza en juicio, porque los tribunales, que ya poseen el cuerpo del delito, no se han de contentar con declarar reo de la suplantación á un ser desconocido, y procederán, por de pronto, contra los que han pretendido servirse de esos documentos. Esto es de clavo pasado.

A Luis, en el aturdimiento que le había causado la noticia, no le ocurrió el tremendo caso que le advertía la observación hecha por el Sr. Buenaventura. En aquel instante, sólo pensaba en la miseria á que quedaba condenada la pobre huerfana. No vela más que el pleito perdido, y en verdad no era esto solo. La viuda y la huérfana y él

mismo iban á verse encausados por presuntos falsificadores de documentos particulares.

La fortaleza de su espíritu vaciló ante semejante perspectiva; pero en su alma no cabía la desesperación; antes, por el contrario, se animó concibiendo la idea generosa de un gran sacrificio. Se propuso con toda la decisión de una voluntad firme reclamar para sí toda la responsabilidad de las cartas falsificadas; no quería consentir que tan rudo golpe cayera sobre la infeliz viuda y la inocente huérfana; ya que no había podido salvarlas de la miseria, quería salvarlas del deshonor. Es verdad que él tenía un hijo, que ese hijo de su alma, que ese ángel de su amor llevaba su nombre, y su nombre podía quedar infamado; pero esta idea horrorosa que despedazaba su corazón, daba mayor impulso á su voluntad. Las naturalezas heroicas son así; sus fuerzas crecen en la misma proporción que crece el dolor del sacrificio.

Por lo demás, sabía positivamente que Valle-alegre sería implacable.

— Bien — dijo con voz segura. — Agotaremos los recursos de los procedimientos, esperaremos tranquilamente la notificación del dictamen pericial, dejaremos que la maledicencia se despache á su gusto y apelaremos después á un nuevo examen. Cuando todos los recursos estén agotados, esperaremos lo que venga, con serena conciencia. La conciencia — añadió — es el sagrado refugio del alma en las adversidades de la vida. ¿Qué importa que todos los tribunales de la tierra nos condenen, si la conciencia nos absuelve?

El Sr. Buenaventura no pudo oír la palabra conciencia sin inclinarse humildemente en señal de profundo acatamiento; mas como la figura de este buen hombre carecía de esas líneas severas que ennoblecen la figura humana, la demostración de su respeto tenía más de ridícula que de solemne.

El procurador lo miraba de hito en hito; le parecía sin duda un ser bastante singular, y no acertaba á quitarle los ojos de encima; mas el amanuense, insensible al placer de esta ovación, se volvió sobre la mesa, cogió la pluma y siguió escribiendo. Entonces el notario se acercó á Góngora, y al despedirse le dijo al oído:

— El Sr. Buenaventura ha de ser un buen pájaro de cuenta. Luis se sonrió tristemente. Después tomó un libro, y lo abrió por donde quiso abrirse.

El libro era la santa Biblia, y el capítulo por donde se había abierto era en el que nos cuenta Moisés el sacrificio de Isaac.